

Capítulo 10

Oralidad y escritura: una falsa dicotomía

por Alba María Paz Soldán



1. UN FALSO DILEMA

Hasta hace muy poco era común considerar a la oralidad como un rasgo primitivo. En contraposición, la escritura aparecía con valores de adelanto, de pujanza hacia el futuro y de modernidad. La oralidad resultaba, entonces, algo perteneciente al pasado, a la antigüedad y, peor aún, se la veía como signo de atraso, algo que era necesario superar para poder acceder a la ‘cultura’ y al futuro. Todo era consecuencia de un exagerado afán libresco que hacía olvidar lo fundamental que es la oralidad para el desarrollo de la persona y su relación con el lenguaje. Un malentendido respeto a la escritura junto con una ofuscada admiración por ella, llevaron a ignorar la importancia que en las sociedades actuales tienen —aunque en distintos grados y con diferentes tipos de convenciones— los rituales de la oralidad, de la palabra hablada.

Por otra parte, las cosas cambiaron cuando se empezó a denunciar esa sobrevaloración que había adquirido la escritura y cuando se difundieron estudios que desde la historia, la psicología, la antropología y la lingüística encontraban en la palabra dicha —en la voz, en la oralidad— datos importantes y fuentes muy apreciadas para el conocimiento de la cultura. Apareció entonces un entusiasmo por la oralidad que llevó a sobrevalorarla e idealizarla, llegando, a veces, hasta el rechazo por los procesos de difusión de la escritura al considerar que atentaban contra las culturas locales y los valores comunitarios, con-

tra la espontaneidad y la proximidad a la vida cotidiana, sin tener en cuenta que la escritura es otro tipo de instrumento que puede ser útil en manos de un pueblo que aprende a servirse de ella y a potenciar sus recursos tradicionales.

En Jujuy, como en otras regiones donde existe una fuerte cultura oral en contacto con una variedad de impulsos modernizadores, optar por una de estas posiciones extremas no sería sino evadir los problemas que supone considerar, con la amplitud necesaria, todas las variables y recursos que tiene la cultura de la provincia. Una elección tal significaría solamente postergar el reto que implica tomar en cuenta, para la enseñanza de la lengua, tanto la oralidad presente en nuestras tradiciones como la escritura que podemos realizar a partir de ellas. Pero también interferiría con los objetivos de concebir una escuela y, más aún, una sociedad que disfrute, reconozca y valore la lengua que ha recibido como herencia de sus antepasados —esa específica variedad lingüística regional—, su más importante herramienta para desarrollar amplia y libremente sus relaciones con otras regiones y culturas del país, así como con otras lenguas y países.



Es cierto, sin embargo, que América Latina desde hace quinientos años vive una confrontación, una lucha, entre los tradicionales comportamientos orales de las sociedades precolombinas y la innovación que llegó con los españoles: la escritura alfábética. En esta lucha, la escritura, el papel escrito, de principio se constituyó en un poder - otorgaba tierras, disponía relaciones entre los habitantes y ordenaba el mundo- frente a la oralidad, cuya especificidad vital la hizo guardiana y trasmisora de las culturas antiguas americanas, así como el mejor lugar de resistencia contra los poderes que venían a arrasar con sus valores. Además, la palabra escrita fue portadora de la tarea misionera de transmitir «la palabra» bíblica, como la verdad que tenía que ser difundida para «la salvación de las almas». Con lo cual, esos extraños signos o dibujos en el papel, además de estar impregnados de ese poder que venía de muy lejos y resultaba casi tan temible como las armas de fuego que herían y mataban a distancia, adquirieron un halo de verdad y sacralidad.

De ahí que la escritura ha sido y sigue siendo para nuestros pueblos una aventura que no se corre sin riesgos. Pues el contexto de dominación en el que ha surgido configura —con esa carga ideológica, con esa imagen de poder— la diferenciación entre pueblos ágrafo

y pueblos con escritura. También desde ahí se establece la distinción entre «letrados» y analfabetos, lo que deja a las culturas locales siempre en desventaja. En contraposición, es importante reconocer que las lenguas y culturas, donde —para bien o para mal— no entró la escritura, han conservado otra «ecología» en la que vive y se mueve la comunicación (Meliá). Ecología de la cual la cultura «letrada» puede aprender mucho.

2. DISTINCIONES NECESARIAS

La escritura es posterior a la oralidad, tanto en la historia de la humanidad, como en la historia individual de cada persona pues «aunque los hombres nacen y mueren hace un millón de años, sólo escriben desde hace seis mil» (Etiemble) [Citado por B. Meliá, 1996]. Por otra parte, mientras el lenguaje oral es aprendido en una intimidad que hace a la vida afectiva y emocional del niño —que luego quedará como marca indeleble del adulto—, la adquisición del lenguaje escrito constituye la clave de una socialización más amplia de la persona y la iniciación del desarrollo y estructuración de su pensamiento así como de sus facultades de abstracción.

Estos rasgos iniciales son la base para establecer las diferencias entre lenguaje oral y lenguaje escrito. Diferencias que no hacen excluyentes al uno del otro, sino complementarios, especialmente si nos atrevemos a comprender y a tomar cada una de estas dimensiones del lenguaje con sus especificidades y recursos. Pues de lo que se trata es de integrar ambas modalidades de la facultad lingüística de las personas, y ambas esferas del campo cultural para potenciar las posibilidades creadoras de un pueblo.



En la Quebrada de Humahuaca, y en muchos lugares de América Latina, no podemos ignorar que gran parte de la herencia de nuestros antepasados, de la cultura que vivimos de manera espontánea, sin haber reflexionado mucho en ella aún, está formulada en el lenguaje oral. Y es en éste en el que podremos redescubrir nuestra propia cultura para saber quiénes somos y poder proyectar en nuestro futuro distintos y múltiples caminos —los que se nos ocurran—, tarea en la que el uso de la escritura como instrumento con posibilidades de abstracción y análisis nos será imprescindible. Por eso mismo, nece-

sitamos una escritura que sea redención del decir y devolución a ese espacio-tiempo de la «tradición oral... que es el único lenguaje que no se puede saquear, robar, repetir, plagiar, copiar» (Roa Bastos, 1974).

3. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES DE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA

Para superar los prejuicios e ideas hechas sobre la oralidad y la escritura es necesario establecer las diferencias entre una y otra, para no esperar de ninguna de ellas sino lo que pueden ofrecernos. Pues si la cultura de nuestra región cuenta con un rico legado de tradición oral, es claro que también ha ido desarrollando una importante variedad de formas culturales que tienen como base el lenguaje escrito. A continuación trataremos los aspectos más importantes (Ong, Zumthor) que diferencian significativamente estas dos dimensiones del lenguaje, que necesitamos integrar.

a) La palabra: expansión del cuerpo o materialidad exterior.

La voz, el sonido, es la materia más sutil y más maleable del mundo concreto. Es la que le permite, tanto al individuo como a la especie humana, iniciar el contacto entre su propia inteligibilidad y el universo. Pero además y sobre todo, la voz es tanto el deseo de decir lo que uno quiere decir como el mismo deseo de existir. No tiene presencia visual y parecería no dejar huella porque en cuanto ocurre deja de existir, así se resiste a la estabilización; sin embargo su presencia reverbera constante y activamente en el interior de las personas, aunque no se la pueda buscar en ningún lugar. La voz habita el silencio del cuerpo así como el cuerpo habitó, en su origen, el útero materno. La voz, la palabra dicha no es reducible a la vocalización, es más bien una expansión del cuerpo, implica todo lo que en nosotros se dirige al otro, el gesto mudo, la mirada, la actitud. Por lo tanto, la palabra sonora es la persona misma y la voz es, así, el lugar de origen de la expresividad de la persona (Zumthor).



En cambio *la palabra escrita* adquiere una materialidad exterior a la mente, que se puede manipular, se la puede trasladar, se la puede ver, el papel escrito se puede guardar en un lugar físico, donde se lo puede buscar cuando se lo necesite. Tiene una existencia discreta,

menos expresiva, y más concreta que la palabra oral, y a lo largo del tiempo se constituye en un registro de situaciones, de lugares y de eventos, que queda a disposición de la gente para su recuperación. Es por ello que la historia se apoya por excelencia en la palabra escrita como documento.

b) El uso de fórmulas y técnicas de la memoria.



En las culturas orales, la restricción de la palabra al sonido determina no sólo la forma de la expresión sino también los procesos de pensamiento. El desarrollo del pensamiento sostenido está absolutamente ligado a la comunicación, en la que el interlocutor es esencial. Como el saber radica en aquello que uno puede recordar, lo importante es desarrollar técnicas que hagan posible que un determinado pensamiento vuelva a la memoria en total ausencia de cualquier texto que ayude al hablante a reproducir una misma línea de pensamiento. La base de estas técnicas está en el ritmo. El pensamiento busca un ritmo que conecte el proceso de respiración con la memoria, por eso recurre a la repetición, a la antítesis, a los sonidos semejantes: aliteraciones, asonancias y a expresarse en fórmulas. Por eso también tiene su propia economía y utiliza unidades de extensión limitada. La copla es una clara expresión de lo dicho. En las culturas orales, aún las leyes se expresan y radican en dichos y proverbios basados en fórmulas. Las fórmulas ayudan a desarrollar un discurso rítmico, pero además hacen posible el reconocimiento e identificación de ideas por parte del receptor. Estas técnicas de la memoria determinan también una regularidad en la sintaxis, en el orden de las palabras (Ong).

Si bien todo lenguaje se basa en fórmulas —en resumidas cuentas la palabra es sólo una fórmula tanto en la oralidad como en la escritura—, lo que caracteriza al lenguaje oral es precisamente la elaboración continua de fórmulas, mientras que el ejercicio de la escritura se apoya en unas cuantas fórmulas existentes y luego el pensamiento discurre sin que sea necesaria esa insistente creación y reproducción de las mismas.

c) Enumeración en lugar de subordinación.

El pensamiento oral tiende a hacer largas enumeraciones. Una vez abierta una categoría puede ir añadiendo elementos una y otra vez. Quizás el ejemplo más claro está en el inicio de la Biblia, el Génesis(1:1-5)

Y en el principio Dios creó el cielo y la tierra. Y la tierra estaba desierta y sin nada, y las tinieblas cubrían los abismos, y sólo el espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Y Dios dijo «hágase la luz» y la luz se hizo. Y Dios vio que la luz era buena y la separó de las tinieblas. Y llamó «día» a la luz y «noche» a las tinieblas. Y amaneció y atardeció el primer día.

Si bien la Biblia es un texto escrito, podemos encontrar en esta traducción el rastro de esa cultura oral que lo hizo posible. Ese rastro es precisamente la enumeración con el uso insistente de la copulativa «y» que va añadiendo términos. La escritura permite establecer relaciones más complejas entre los elementos de los que se habla, y proponer diferentes categorías, subordinando unos elementos a otros. Así, otras traducciones de la Biblia evitarán el uso insistente de la «y», utilizando otros términos tales como «cuando», «mientras», «luego» que establecen relaciones de subordinación, temporales en este caso (Ong). En el capítulo 5, “No hay pasada”, la narradora abre la categoría premio-castigo y realiza una extensa enumeración de situaciones similares.



d) Generalizaciones en lugar de especificidades.

En el lenguaje de una cultura oral son más frecuentes los conjuntos de entidades que las entidades simples caracterizadas por rasgos específicos. Por ejemplo, los conjuntos de términos antitéticos (gente buena, gente mala; la virgen y la bruja, en lugar de personajes más complejamente definidos o de mayores matices), o los que se establecen con los epítetos (el relato oral prefiere al “valiente soldado” y la “bellísima princesa” antes que “soldado” o “princesa”, que se irán caracterizando más por sus acciones a lo largo del relato, que por el epíteto). La expresión oral requiere de epítetos y fórmulas fijas que la cultura letrada rechaza por cansadores, engorrosos y redundantes. Pues, la escritura puede separar las entidades, analizarlas y multiplicar las especificidades a lo largo de un relato, sin ningún riesgo, sin temer a la disgregación, ya que todo el proceso quedará fijo en el papel y el lector podrá volver atrás cuantas veces quiera. En cambio, en la oralidad, una vez que se ha cristalizado exitosamente una entidad con el epíteto u otra fórmula cualquiera, es importante mantenerla intacta, pues el pensamiento oral necesita totalizar, generalizar, in-

tegrar y no analizar ni disgregar, pues hacerlo implicaría un proceso de alto riesgo de disgregación del pensamiento y de dispersión. Recuérdese al “artero Ulises” o a Venus, “la diosa ojos de lechuza”, fórmulas que se repiten y repiten en la Odisea homérica, otro texto marcado por los rasgos de la cultura oral.

e) Redundancia y copiosidad.

El pensamiento requiere de algún tipo de continuidad que en la escritura se establece por la linealidad, externa a la mente. Si me pierdo en una lectura, rápidamente puedo recuperar el hilo, el contexto, volviendo atrás y echándole una mirada a lo ya leído, siempre disponible. Toda la energía mental está puesta en avanzar hacia adelante. En el discurso oral no se puede volver atrás, pues la emisión oral se desvanece tan pronto ha sido emitida, de modo que la mente tiene que avanzar más lentamente y mantener en foco de atención constante lo que se acaba de decir. Esto produce redundancia y copiosidad en el lenguaje; lo cual, en realidad, es mucho más natural al pensamiento y a la expresión que la dispersa linealidad de la escritura. En realidad esa dispersa linealidad tanto como la expresión analítica son una creación artificial estructurada por la tecnología de la escritura. Con la escritura, la mente se esfuerza en trabajar más lentamente para permitirse interferir y reorganizar sus procesos normalmente redundantes (Ong).

La redundancia se ve más favorecida en un discurso con audiencia múltiple que en un diálogo entre dos personas, pues la atención es distinta en unos y otros miembros de la audiencia; y además, no todos entienden o escuchan igual todas y cada una de las palabras del orador. Por eso es necesario que el orador público pueda continuar hablando, aún mientras su mente avanza a la siguiente idea; si bien una pausa puede ser efectiva, la duda o indecisión son siempre perjudiciales. Por lo tanto, es siempre mejor repetir las cosas, de la mejor manera posible, que simplemente callar mientras se piensa la siguiente idea. La fluencia y la agilidad para modificar el rumbo se valoran en las culturas orales. En los capítulos 2 y 7, los textos “No es cuento” y “La Maclovía”, respectivamente, muestran claramente esta característica de la oralidad.



f) Conservadurismo y tradicionalismo.

Dado que en las culturas orales cualquier saber conceptualizado se desvanece fácilmente si no se lo repite, es necesario invertir mucha energía en decir y volver a decir aquello que se ha aprendido arduamente a través de los años. Esta necesidad, fundada en muy buenas razones, produce una mentalidad altamente tradicionalista y conservadora pues la sabiduría, que es muy valiosa, no es fácil de alcanzar. Las sociedades con una fuerte cultura oral tienen una gran consideración por aquellas personas mayores que se han especializado en conservar los saberes alcanzados por la comunidad y que pueden contar las historias del pasado. Con la escritura, en cambio, al guardarse los saberes fuera de la mente, y más aún con la imprenta que los reproduce y multiplica, ya no se da esa importancia a los ancianos y ancianas, repetidores del pasado, sino a los jóvenes descubridores de lo nuevo.

Sin embargo, la escritura también es conservadora a su manera: al poco tiempo de haber aparecido, sirvió para congelar los códigos legales en la antigua Sumeria. No obstante, al tomar la función conservadora para sí mismo, el texto libera a la mente de cumplir las funciones de preservación, es decir del trabajo de memoria, y le permite volcarse a nuevas especulaciones. Es más, los residuos de oralidad de una sociedad dada pueden medirse, de alguna manera, por la cantidad de memorización que requieren sus procedimientos educacionales (Ong).

La originalidad en las culturas orales es de otro tipo. En la narrativa, por ejemplo, consiste no tanto en inventar nuevas historias, sino en manejar la interacción con cada audiencia y situación —siempre distintas— que se presentan, pues una audiencia tiene que ser llevada a responder vigorosamente. El narrador también introducirá, en cada ocasión, nuevos elementos en las viejas historias; en la tradición oral habrán tantas variantes menores de un mito como repeticiones del mismo, y este número puede crecer infinitamente. No se vaya a creer por esto que los cambios son difíciles o no se dan en las culturas orales. Tanto las prácticas religiosas como la cosmología y las creencias más profundas sufren muchos cambios. Lo que sucede es que éstos se realizan con aquella economía de fórmula y de repetición, por lo tanto nunca son presentados como originales o novedosos, sino como estrictamente correspondientes a las tradiciones del pasa-





do.

g) Proximidad con la vida cotidiana; tono agonista, competitivo, en lugar de abstracciones.

Todo el saber de una cultura oral se conceptualiza y verbaliza de manera muy imbricada con la vida cotidiana; se asimila lo ajeno, el mundo objetivo, a un entorno de interacción familiar e inmediato. Los conceptos se dan entrelazados con sus marcos de referencia situacionales: es decir que lo que carga de sentido a las palabras de manera determinante es el lugar en que se las dice, las circunstancias, las personas que están presentes, quien las dice. En cambio, la cultura «letrada», especialmente la de la imprenta, puede distanciarse y hasta desnaturalizar lo humano, lo cotidiano. Las culturas orales más antiguas no tenían ningún interés en conservar los saberes de sus modos de hacer las cosas como corpus autónomos y abstractos, por fuera de la práctica, porque vivían en estrecha conexión con el presente. Los oficios, por ejemplo, se aprenden trabajando con los que los practican, mediante la observación y la imitación, con muy poca explicación verbal.

Por otra parte, la expresión de las culturas orales se da en la arena de la lucha por la vida, es por eso que su expresión verbal es competitiva, «agonística». La escritura, en cambio, favorece las abstracciones y aparta los saberes de la arena en que luchan entre sí los humanos. La oralidad sitúa al saber en el mismo contexto de lucha, la escritura separa a la persona de los saberes. Los proverbios y las adivinanzas no se expresan simplemente para conservar la sabiduría, sino para tratar con otros un combate verbal e intelectual. Se lanza un proverbio desafiando a los oyentes a responder con otro más apropiado, o con uno que lo contradiga. En nuestra zona, el contrapunto en la rueda de copleros expresa esta competencia verbal. No solamente con relación al saber, sino también en la celebración del comportamiento físico, las culturas orales se muestran estructuradas por la competitividad. En cambio, la narrativa, por ejemplo, al pasar a la escritura y haber llegado a la novela, va perdiendo el énfasis en la acción para enfocarse más y más en conflictos interiores.

h) Empatía, participación y distancia objetiva.

Aprender o conocer significa, en una cultura oral, lograr una iden-

tificación empatética, cercana y pública con el objeto conocido. La escritura separa al que aprende o conoce, de lo aprendido o conocido en ese proceso y, por lo tanto, sienta las bases para la «objetividad». La objetividad que sí tienen los narradores de una cultura oral (Homero, los aedas, los cantores de gesta, nuestros narradores) es aquella que se basa en las fórmulas. La reacción individual no se expresa simplemente como individual o subjetiva, sino como implícita en una reacción comunitaria, en el «corazón» de la comunidad. Esta identificación, en las narraciones orales, en ocasiones afecta la gramática misma, pues el narrador al hablar del héroe utiliza la primera persona y el público asume también esa identificación, de modo que el efecto logra una sola entidad narrador-personaje-público. Así, el suspense que crea el narrador, tanto en “El tapao de los Varela” (episodio del gallo) del capítulo 6 como en el relato “No es cuento” del capítulo 2 es resultado de la incorporación de creencias comunitarias muy conocidas utilizando la primera persona, creando un personaje con el que se identifican tanto el narrador como las personas de su público.

En los relatos de este libro encontrarán algunas de estas características con mayor intensidad que otras, y al escuchar las grabaciones podrán darse cuenta que los recursos que usan nuestros narradores están impregnados de un saber que tiene que ver con la cultura oral de nuestros abuelos, y que todavía tiene mucho que enseñarnos. Por otra parte, es importante notar que la escritura puede ayudarnos a conservar esos saberes y que, al mismo tiempo, estos relatos nos permitirán valorar e integrar nuestra cultura oral a la escritura y a todos los saberes que manejamos en la escuela.

